

PRUEBA DE ACCESO

Escola Superior de Ceràmica de l'Alcora

Escoger uno de los dos textos propuestos (A ó B), y responder lo siguiente:

1. Resuma el texto (5 puntos)
2. Escriba un texto argumentativo sobre el tema donde exprese su opinión y/o punto de vista al respecto (5 puntos)

Nombre	
DNI	
Firma	

TEXTO A.

Una de las técnicas decorativas usadas en cerámica es la denominada Rakú. Se usó en las antiguas civilizaciones japonesa y china. En algunas fiestas y reuniones sociales de cierto prestigio, después de fabricar unos recipientes en forma de vaso (vasos y tazas de te), de pequeñas dimensiones, se decoraban con óxidos y se efectuaba una **monococción** en unos hornos de leña llamados "cestones".

La combustión de las materias orgánicas produce una reacción química entre los gases que desprende la combustión y el oxígeno del horno. Al ser un recipiente cerrado y, al no encontrar suficiente oxígeno para que dicha combustión se produzca normalmente, el carbono y demás gases liberados, tratarán de obtener el oxígeno necesario de las fuentes más próximas y éstas serán las materias y sustancias que se hallen en el interior del horno y, en consecuencia, reaccionarán químicamente tomando, la mayor parte del oxígeno, de los óxidos con los que están decoradas las piezas.

El cambio químico originado por la pérdida de oxígeno se conoce con el nombre de **reducción (Rakú)** y, por su efecto, los materiales reducidos cambian de color formando unas irisaciones metálicas.

El verdadero **Rakú**, el que se practica siguiendo la tradición, en realidad, debe obtenerse con temperaturas que oscilen entre 750° y 850° C, empleando arcilla roja común y/o arcilla para loza, a las que se les añadirá entre un 25 y un 30% de **chamota** o arena. Después de fabricadas las obras deberá procederse a su secado para posteriormente bizcocharlas a una temperatura que oscilará entre 900° y 1000°, según la composición del conjunto de la pasta que utilizemos. Una vez que todo el bizcocho se haya sacado del horno y frío, procederemos a su barnizado empleando unos **barnices** con un punto de fusión adecuado a la temperatura anteriormente mencionada, es decir, entre 750° u 850°.

Es necesario aclarar que, en un horno eléctrico, de atmósfera oxidante, es difícil producir una atmósfera reductora, por lo que es imprescindible crear esas condiciones fuera del horno, en el momento que las piezas están incandescentes. Cuando el horno ha alcanzado una temperatura entre 1000° y 1200° C, según los materiales a reducir, con unas pinzas de hierro y debidamente protegido con guantes aislantes, se procede a extraer las piezas del horno y se entierra en serrín o cualquier otra materia orgánica que pueda provocar una combustión, por ejemplo, paja. Después de unos minutos, en los que sobre la pieza existe una combustión importante, se introduce la placa en agua fría para paralizar y finalizar este proceso. Más tarde habrá que limpiar los residuos, de hollines y carbones, dejados por el fuego.

J.J. Navarro en un artículo titulado: "Loco por las artes", publicado en "El Mundo", con fecha 20 de junio de 1996 decía: "Hacer cerámica es para un artista como crear mundos". En esta creación intervienen muchos factores, unos sobre los que el hombre puede influir directamente, como pueden ser las distintas pastas de barro, el secado del mismo, la temperatura de las distintas cocciones, el tiempo cronológico etc. y otros, sobre los que no puede ejercer ningún tipo de control, como el tiempo atmosférico, el fuego y la atmósfera creada en el interior del horno, el azar etc. Si a todo esto unimos la técnica (El Rakú), para crear estos mundos, habremos de convenir que, en la finalización de la obra, intervienen de una manera determinante la atmósfera del horno y el azar.

El principio es la idea y el barro. Poco a poco las manos moldean la tierra informe y le añaden colores, óxidos y pigmentos. Después la suerte está echada y son el azar y el tiempo los que condenan o rubrican la acción de la mano en el ámbito secreto y ardiente del horno. El arte es revelación y la cerámica es una profecía de la mente hecha realidad en el horno.

TEXTO B.**ESPLENDOR DE LA CERÀMICA DE ALCORA EN EL MUSEO ARQUEOLÒGIC (EL PAIS 08/09/2006)**

El Museo Arqueológico Nacional acoge una exposición donde aflora la selecta mitad de su colección de cerámica de Alcora, 155 piezas, de extraordinaria finura, elaboradas en la factoría castellanense en la etapa de su máximo esplendor, entre los años de 1727 y 1827. La mirada del visitante halla en esta muestra estímulos para el recreo y la delectación, habida cuenta de la exquisitez de las hechuras exhibidas. La muestra permanece abierta hasta el 29 de octubre.

Los aficionados a la cerámica encuentran aquí un vistoso repertorio de modelos, géneros y motivos tratados por los artesanos de la factoría levantina. Abarcan desde placas de devoción hasta vajillas y aguamaniles, más jícara, juegos de té y chocolate, joyeros, espejos..., ornamentados con suprema delicadeza. A través de su artesanía se descubre el espíritu de una época, explícito en esta manifestación artesanal que define una etapa de profundas transformaciones estéticas.

A ellas fue sensible Buenaventura de Alcántara Ximénez de Urrea, noveno conde de Aranda, impulsor de la manufactura castellanense por él creada en 1726 y mantenida en funcionamiento por sus descendientes hasta 1940. El noble aragonés trataba de incorporar España al primer destello industrial europeo generando mercado y beneficio privado con operarios locales para la manufactura seriada de artesanía suntuaria. Talleres de carpintería, pintura, barnices, tornos, moldes y distintos hornos producían la cerámica con la que se decorarían estancias regias, palaciegas y altoburguesas, frenando importaciones y fijando, además, la población al territorio.

La evolución de la sensibilidad artística del barroco al rococó y el neoclasicismo, antesala del gusto ornamental romántico, se aprecia en las piezas expuestas. Su selección ha seguido tres criterios: temático y cronológico, de un lado, además del referido a la sustancia de las piezas realizadas en tres distintas pastas cerámicas: loza, tierra de pipa y porcelana. Así lo comenta Rodrigo Lafuente, adjunto de la comisaria de la exposición, Carmen Mañueco, que prologa también un cuidado catálogo.

De la artesanía surgida de los hornos alcoreños desde el primer cuarto del siglo XVIII cobró máxima relevancia y prestigio la loza esmaltada: la fresca de sus motivos frutales, infantiles y amorosos se complementaba con la limpieza de sus diseños, que filtraba el influjo de la cerámica de otras zonas de España, entonces ya en declive, como la talaverana.

No obstante, en el último cuarto de la misma centuria otras piezas, elaboradas con la denominada tierra de pipa y con porcelana, desplazaron a aquéllas por su más cálida vistosidad. La tierra de pipa se fabricaba en Inglaterra desde mediados del Siglo de las Luces y llegó a España por vía cortesana, como la mayor parte de la cerámica suntuaria, cuya principal mentora fue la dinastía borbónica, instalada en España desde 1700. Los motivos se fueron enriqueciendo con repertorios franceses e italianos, éstos a través del impulso regio de Isabel de Farnesio, esposa italiana de Felipe V. Con posterioridad al despliegue de las labores en tierra de pipa y por la vía de la refinada Corte de Dresde, en Sajonia, comenzó a generalizarse en Europa el empleo de la porcelana fina, de uso conocido en China desde la Edad Media y cuya fórmula se mantuvo en secreto para el Viejo Continente durante centurias.

La porcelana es un material moldeable, traslúcido, impermeable y de gran resistencia, formado por una arena clara refractaria, denominada caolín, así como por un componente brillante presente en el granito, el feldespato; junto con el cuarzo, procuran a esta cerámica en el horneado una firmeza indeformable y una versatilidad que, en tres dimensiones, elastiza el rigor de la materia desde la más pulcra mimesis de la realidad hasta el más soñador de los caprichos. La exposición es, por su enjundia, una invitación al deleite.